

PAOLA DELBOSCO

"Ningún docente puede transmitir amor por contenidos que sólo conoce superficialmente"

Vicente Espeche Gil

Es doctora en Filosofía y profesora en la Universidad Austral, en la Universidad Católica Argentina y en el IAE Business School. Después de décadas de experiencia docente en el nivel superior y secundario, asumió como presidenta de la Academia Nacional de Educación. Junto a casi la totalidad de los miembros de dicha Academia, firmó el documento "A las autoridades le pedimos que empiecen a educar en serio y reconstruyan la escuela argentina".





En una reciente entrevista usted hizo referencia a la importancia de que el sistema escolar pueda sostener al alumno al que el aprendizaje le lleva más tiempo, pero también que se reconozca al que es especialmente aplicado.

¿Hasta qué punto ha arraigado en la cultura argentina contemporánea la visión que critica al mérito como algo elitista y es, por tanto, algo reprochable?

Hoy escuchamos muchas veces criticar la “meritocracia” como sistema de ascenso social. Supongo que lo criticable es no tener en cuenta de dónde sale cada uno —y aquí me hago eco del economista italiano Luigino Bruni en sus capítulos de *La economía silenciosa*. En ese caso, no se advierte cuánto debe luchar el chico o la chica que crece en un hogar con poca instrucción, con un idioma simplificado y a veces sin hábitos de trabajo, a diferencia de quienes nacen y crecen en hogares mejor dispuestos al estudio y provistos de los conocimientos previos al aprendizaje específico de la escuela. La consideración del “mérito” debe tenerse en cuenta. Sin embargo, la ausencia de aplicación y esfuerzo nunca da buenos resultados, sea cual fuere el punto de partida, de tal modo que puede haber una consideración del mérito personal que sea justa y estimulante. Esta aclaración —que sea estimulante— sirve para evitar segmentaciones en el aula que operen como un impedimento para los que no están en la “cumbre de los méritos”, porque cada uno merece la atención, la dedicación y el reconocimiento de sus progresos.

¿Comparte la preocupación que existe en algunos sectores sobre la enseñanza de la historia argentina con un sesgo ideológico que distorsiona la realidad de lo ocurrido?

La enseñanza de la historia tiene siempre el desafío de proponer una mirada no cargada de las propias preferencias, que apunte a la visión más amplia posible, a la luz de los hechos y de las pruebas concretas. A los adultos nos desafía el compromiso de no dar una versión de los hechos, sino más bien una reflexión de los problemas que originan los hechos, de las soluciones buenas o fallidas. El interés por la historia puede perfectamente anclarse a un análisis del presente que involucre a nuestros alumnos, para que vean que son parte de la historia.

¿Piensa que está superada la cuestión de “laica o libre”?

¿Cómo tratar la cuestión de la educación sobre la religión?

Nuestra cultura tiene una clara raíz cristiana católica, y sería distorsionar la realidad si se la ocultara. Ahora, tener fe significa ver con la mayor claridad posible, y buscar más información para ampliar esa claridad. Hablar de “laica” parece indicar que hay que ocultar lo religioso. No opino así. Asumo mi condición de creyente, al mismo tiempo que abro espacios para el que tiene otro credo o ninguno. Dialogamos desde la verdad de lo que somos, no en una ficción de improbable imparcialidad.

¿Cuál es su visión sobre la forma en que se abordan actualmente las cuestiones de género en los ámbitos educativos?

Sobre el tema del género en el ámbito educativo hay varios matices: desde la negación de lo cultural a la negación de lo natural. Es irrefutable que las culturas han asignado roles distintos, espacios de poder o de sometimiento, conductas esperables u obligatorias, etc., a varones y mujeres. Eso ocurrió siempre por razones funcionales, aunque muchas veces éstas se hayan cristalizado en estatutos sociales rígidos e imposibles de remover y cambiar, cuando ya esas funciones no son necesarias o se dan cambios que indican la necesidad de roles distintos. Sin embargo, quizás por una propensión a ampliar el espacio de libertad más allá de los límites que nuestra naturaleza parece imponernos, existe hoy una ideología de género, que hace consistir lo femenino y lo masculino en funcionamientos asignados culturalmente, sin un reconocimiento fehaciente de las evidentes y funcionales diferencias bio-psicológicas entre sujetos varones y sujetos mujeres. Basta pensar que para la tan mentada y simplificada “reasignación” de identidad sexual a varones o a mujeres que se auto perciban con una identidad distinta a la biológica —que se define como “asignada” al nacer, subrayando una eventual acción de asignar y no la evidencia— se utilizan las hormonas del sexo opuesto al propio. Este dato debería permitir reflexionar sobre el carácter natural de las diferencias entre varones y mujeres, considerando además que la fecundidad y por lo tanto el futuro de la humanidad dependen vitalmente de esa diferencia.

"Lo que puede hacerse para que los chicos con mayores carencias reciban una educación de calidad es precisamente cuidar la alta calidad de sus docentes".

¿Qué pasos deberían darse desde el Estado y la sociedad civil, con vistas a recuperar el nivel que la Argentina tuvo en materia educativa y que se fue deteriorando, según muestran las encuestas PISA?

Para recuperar el buen nivel que otrora tuvo la educación en la Argentina, particularmente la de gestión estatal, y para ofrecer a la nueva generación buenas oportunidades de crecimiento, desarrollo e integración, la educación debe recuperar un lugar destacado entre nuestras preocupaciones. Hoy no es así. En una reciente encuesta de opinión de la Universidad San Andrés, la educación figura ¡en noveno lugar!

¿Qué decisiones priorizaría para favorecer el acceso de los más necesitados a una educación de calidad?

La otra mejora necesaria es la de los distintos institutos de formación docente, muy numerosos y dispares. Los hay muy buenos, de calidad media y también insuficiente. No lo digo desde el prejuicio, sino desde los resultados: ningún docente puede transmitir amor por contenidos que sólo conoce superficialmente. Cuanto más nutritivo resulta el período de formación, tanto mayor entusiasmo despierta en los futuros docentes. Basta pensar en el profesor Daniel Córdoba,

recientemente fallecido, que en Salta logró cosechar vocaciones científicas en un porcentaje increíble, tanto que en un momento el 23% de los ingresantes al Instituto Balseiro de Bariloche eran salteños. El que sabe y ama lo que enseña, hace que los alumnos también lo amen. De ahí la gran importancia de que los institutos de formación docente y las carreras de Ciencias de la Educación sean de máxima calidad. Por lo tanto, lo que se puede hacer para que los chicos con mayores carencias reciban una educación de calidad es precisamente cuidar la alta calidad de sus docentes. Esto es delicado de decir, dado que en otra encuesta se les preguntó a los docentes en qué segmento de distintos grados de calidad se ubicaban ellos mismos, y nadie se ubicó en el segmento de los menos preparados. Una iniciativa como "Enseñá por Argentina" muestra que hay gente muy capacitada y dispuesta a aceptar el desafío de ir a las escuelas más carenciadas y más necesitadas de docentes especialmente preparados.

¿Qué es posible hacer, en el contexto político y cultural contemporáneo, para la formación docente, hoy diseminada en más de 1000 establecimientos, y recuperar la jerarquización, prestigio y estímulo de la carrera docente?

Parte del estímulo y de la posibilidad de un compromiso más profundo de los que se dedican a la educación es una buena compensación económica y el pleno reconocimiento de su necesaria labor. No quisiera que estas dos condiciones estuvieran conectadas, pero es innegable que nuestra cultura basa el valor de un trabajo en compensación económica, y también es verdad que sin un sueldo digno es difícil creer en la importancia social de lo que uno hace, aunque innegablemente la tenga.

¿Cree necesario y conveniente promover un tercer congreso pedagógico?

No sé si un nuevo congreso pedagógico resolvería los problemas, pero sí una concientización de toda la sociedad, incluyendo a los políticos, de que la educación es un derecho de todos aquellos que hemos llamado a la vida, y un deber nuestro, que somos los adultos a cargo, darles todo lo que podamos para que florezcan plenamente. ■